

Unamuno en México

Venceréis, ¿Pero Convenceréis?

POR LORENZO MEYER

“**V**ENCEREIS, pero no convenceréis”, exclamó Miguel de Unamuno en Salamanca en 1936 ante los jefes franquistas que saboreaban el triunfo por la fuerza. Creo que una vez más, esta famosa frase del escritor español —aunque puesta entre signos de interrogación, para que no se nos acuse de emitir juicios a la ligera— resume magistralmente el problema al que se enfrenta hoy el PRI, el gobierno y el país: para vencer verdaderamente en política —es decir, para dominar legítimamente— hay que convencer. A muy pocos debió de sorprender el triunfo oficial del PRI en las últimas elecciones de Chihuahua.

★

SE veía venir, pues estaba implícito en las contundentes declaraciones que sobre el particular se hicieron desde lo más alto de la pirámide gubernamental, así como en la campaña de propaganda abierta y encubierta que el PRI —o mejor dicho el gobierno— desató sobre la oposición panista, y que equivalió a un bombardeo de saturación, de esos que la aviación de los aliados acostumbraba hacer en contra de objetivos estratégicos alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Me imagino que lo que el sistema buscó en Chihuahua fue un objetivo en realidad modesto, es decir, simplemente ganar, dejando de lado la posibilidad de convencer. De ser así, el resultado fue más que satisfactorio. Después de Chihuahua todos seguimos estando avisados de que la política de “carro completo” sigue vigente, y que las formas de ejercer el poder se mantienen refractarias a todo cambio. Desde Chihuahua, el sistema nos dice a todos que pése a los cam-

bios económicos, sociales y culturales que ha experimentado México en los últimos tiempos, en política todo sigue funcionando igual que hace 30 años. Por ello no se va a perder ninguna gubernatura y en Campeche el PRI seguirá ganando de una forma que ya se ve en pocos países latinoamericanos: con 96% de los votos válidos emitidos.

La inmovilidad política tiene un precio, y lo que el sistema no puede pedir, es que además de ganar se

le crea. Es verdad que esta vez el manejo de la prensa, la radio y la televisión fue notable —y costoso— pero la credibilidad priista tiene en contra un gran enemigo contra el que no hay televisión que valga: la historia. Los grandes fraudes nacionales —el de 1929, cuando a José Vasconcelos se le reconoció únicamente 5.33% del voto emitido, o el de 1940, cuando al general Juan Andrew Almazán las estadísticas oficiales le dieron 5.73% de ese voto, entre otros— no se han olvidado, y menos aún la multitud de victorias locales reñidas con el sentido común desde los inicios del régimen revolucionario. En un mitin, Fernando Baeza, el candidato priista para gobernar Chihuahua, dijo que el triunfo se debía a que los esfuerzos de su partido “lograron un milagro: un PRI nuevo” (EXCELSIOR, 12 de julio). Creo que como explicación, el milagro no vale.

★

YO, como la enorme mayoría de los mexicanos, no puedo saber si el PRI realmente ganó o perdió en Chihuahua o en Durango. Me sospecho que sólo un puñado de mexicanos saben con certeza cuáles son las verdaderas cifras de las elecciones del 6 de julio. Existe, desde luego, la posibilidad de que las cifras dadas a conocer por las comisiones estatales electorales sean las reales, pero desafortunadamente hay mucha gente que no las cree, sobre todo en Chihuahua. Este es un hecho objetivo y un problema. La credibilidad es un factor muy importante en el esfuerzo por salir avante de la crisis en la que estamos sumidos. En

tiempos difíciles como los actuales, sería de gran utilidad para todos que el gobierno no fuera simplemente tolerado por la población, sino apoyado de manera activa. Pero el apoyo activo —el sacrificio— requiere de credibilidad, tanto interna como externa, pues para nuestra desgracia la solución a algunos de nuestros problemas más apremiantes se encuentra hoy en el exterior.

★

Y hablando de la credibilidad externa, resulta que ese actor político de nuestro drama que es la prensa extranjera

—en particular la estadounidense— volvió a hacerse presente. Las dudas sobre la limpieza de los comicios en Chihuahua se reflejaron en los encabezados de prácticamente todos los periódicos norteamericanos que abordaron el asunto, desde los nacionales, como el New York Times (7 de julio), pasando por los locales como el Laredo Morning News o el San Antonio Light (7 y 12 de julio) hasta llegar incluso a los estudiantiles, como The Daily Texan (9 de julio), de la Universidad de Texas.

Sin embargo, algunos de los juicios externos, más duros sobre los comicios se encuentran en los editoriales. The Dallas Morning News del 9 de julio de plano aseguró que en las elec-

ciones de Chihuahua hubo fraude. Pero quizá el New York Times fue el más devastador. Con la fuerza que da el haberse pronunciado recientemente en contra de los ataques de que fue objeto el gobierno mexicano por parte del senador Jesse Helms y de algunos miembros del gobierno de Ronald Reagan, el diario neoyorquino afirma contundente que: "Las elecciones estatales mexicanas del pasado domingo estuvieron impregnadas por el fraude" (11 de julio).

Personalmente no tengo ningún interés en una victoria del PAN, y menos aún en contemplar el retorno de la Iglesia a la militancia política, como es ahora el caso de Chihuahua. Sin embargo, lo que sí me interesa, como creo

que le interesa a la mayor parte de mis conciudadanos, es ver a México desarrollarse dentro de una atmósfera política donde campee la libertad y la democracia, la dignidad y la confianza en las institu-

ciones y en nosotros mismos. Para ello es necesario tener victorias electorales que convengan, sean éstas del PRI, del PAN o de cualquier otro partido, eso es lo de menos. Lo de más es la legitimidad.